

éste y en transformar sus empleos en señoríos independientes. En algunas comarcas, el territorio real se convierte, gracias á sus exacciones, en un desierto; y en general la población teme tanto al preboste capeto como al pequeño feudalismo que la saquea.

En los burgos y ciudades en donde el rey no es señor único, como en Beauvais, en Noyón, en Amiéns, en Soissons y en Sens, posee el monarca algunas casas y una gran torre que guardan en su nombre «vizcondes» ó «castellanos;» pero estos comandantes militares abusan también de su poder y se hacen odiosos, lo mismo á los ciudadanos á quienes roban, que al propio rey á quien despojan de sus derechos, apropiándose de los productos debidos al fisco ó perpetuándose hereditariamente en sus funciones. Estos agentes se han convertido poco á poco en feudatarios; pero aunque dejan de prestar servicios á la monarquía, no cesan de compartir con ella el territorio y los impuestos. El patrimonio capeto, ya mermado por las donaciones hechas á la Iglesia y por los beneficios otorgados á los soldados, sería insuficiente para mantener á la dinastía reinante si de cuando en cuando no vinieran nuevas adquisiciones á llenar los huecos territoriales y á reparar las brechas del tesoro. Príncipe ávido, venal, encerrado en una política mezquina porque carece de dinero y de soldados y porque antes que reinar es preciso vivir, tal se nos ofrece aquel á quien ha correspondido el irrisorio honor de representar á Francia en Europa y de perpetuar la tradición de los Carolingios.

En teoría, el feudalismo no le disputa ninguna de las prerrogativas de rey; pero de hecho le ha imposibilitado para ejercerlas. Los grandes feudatarios son para él soberanos extranjeros; cumplen como mejor les place las obligaciones feudales y rinden homenaje cuando quieren; atienden las citaciones que de París reciben si son parientes ó aliados del rey; pero se abstienen de presentarse en la corte si son hostiles ó indiferentes. Si el monarca reclama el servicio de huésped en nombre de los intereses generales del país, les es difícil substraerse al llamamiento, pero para quedar en paz con él pueden limitarse á enviarle algunos hombres armados. En el territorio de los feudatarios, el rey no tiene sobre los vasallos de éstos derecho alguno, y lo que pasa en el interior de su feudo escapa por completo á su inspección. A fines del siglo XI ya no se ve lo que sucedía algunas veces en los primeros tiempos del establecimiento de la dinastía, ó sea al rey hospedándose en los Estados de sus altos barones, residiendo en su capital y celebrando en ella las solemnes audiencias de justicia del reino. Confinado en lo sucesivo en su territorio, no sale de él como no sea para guerrear, visitar un santuario famoso ó acudir con gran pompa á una conferencia con los reyes vecinos. En la misma Isla de Francia, sus vasallos inmediatos sólo le obedecen cuando se presenta á la puerta de sus castillos con gran acompañamiento. Fuera de sus dominios, un aislamiento casi absoluto; dentro, la penuria, la imposibilidad de intentar grandes empresas, la dificultad de salir bien hasta de las pequeñas y la vergüenza de no poder hacerse obedecer por un castellano y de verse puesto en jaque por un torreón: á tal extremo hállase reducido el sucesor de Hugo Capeto.

Si no tuviera su título, el privilegio de la consagración y ciertos derechos lucrativos ú honoríficos que ha

podido conservar sobre obispos ó abadías alejados de su patrimonio, sería imposible distinguir al rey de Francia de un señor ordinario; quédanle únicamente los recuerdos del pasado, la esperanza de ver en lo porvenir convertidos en realidades sus poderes virtuales, y el disfrute, en el presente, de las simpatías de los monjes y de los clérigos, que miran como á uno de los suyos á ese hombre del que el ungimiento ha hecho un santo.

## CAPÍTULO VI

### LA CIVILIZACIÓN

I. La lengua y la literatura.—II. La enseñanza.—III. El libre pensamiento.—IV. Caracteres generales del arte romano.

#### I.—La lengua y la literatura (1)

La Francia del siglo XI, una por la fe, pero dividida por su constitución política y social, da á la historia el espectáculo de los más sorprendentes contrastes. Pocas épocas se caracterizan por una oposición más absoluta entre la expansión desordenada de la fuerza material, puesta al servicio de un individualismo sin freno, y la energía del sentimiento religioso que ha tomado soberanamente posesión de todas las conciencias. Del mismo modo, en la esfera de los hechos intelectuales, la variedad casi infinita de las manifestaciones del pensamiento y del arte no impide la probada identidad de las aspiraciones y de las formas esenciales derivadas de una creencia común á todas las clases de la nación. En aquella Francia anárquica en donde chocan entre sí los mil señoríos de la espada y del altar, la idea religiosa reina en absoluto en materias de literatura, de enseñanza y de producción artística.

La lengua que hablan los franceses está fraccionada como su territorio; el particularismo del dialecto no es menos intenso y vigoroso que el de la provincia ó del feudo. Desde la época merovingia, el latín vulgar, idioma hablado por los galo-romanos, se transformaba y convertía en el romano y de un extremo á otro del territorio nacional existían, al lado del latín sabio que hablaba y escribía el clero, los dialectos de que se servían el pueblo y los nobles y que eran más armoniosos y más sonoros en el Mediodía y más sordos y más contraídos en el Norte. El francés propiamente dicho, ó *lengua de oil*, extendíase por todas las provincias situadas al Norte del Loira, así como por la Saintonge, el Poitou, el Berri, la Borgoña y el Franco-Condado; el provenzal, ó *lengua de oc*, estaba separado de él por una línea trazada desde Burdeos á Lyon, que seguía el curso del Ródano y los Alpes y englobaba, por el lado de España, á los territorios catalanes. Pero las diferencias entre

(1) OBRAS DE CONSULTA.—*Histoire littéraire de la France*, tomo VII. Gastón París, *La littérature française du Moyen âge*, segunda edición, 1890. Petit de Julleville, *Histoire de la langue et de la littérature française*, tomo I, 1896. Suchier, *Le Français et le Provençal*, traducción Monat, 1891. Etienne, *La langue française depuis les origines jusqu'à la fin du XI<sup>e</sup> siècle*, 1892. Gastón París, *La Vie de Saint-Alexis*, 1872. P. Meyer, *Poème de Boèce*, en la «Romania», 1872. Groeber, *Grundriss der romanischer Philologie*, 1888, y sobre todo, *Übersicht über die lateinische Literatur von der VI. Jahrhundert bis 1350*, tomo II, primera parte, 1893.

ambos dominios aparecen menos marcadas en el siglo XI de lo que lo serán en época posterior; muchos de los más antiguos monumentos de nuestra lengua son textos híbridos en los cuales las formas francesas se mezclan con las formas provenzales, y ciertos caracteres propios de la lengua del Norte no se encuentran aún en el poema de *San Alejo*, que es de mediados del siglo XI, y apenas comienzan á prevalecer en la *Canción de Rolando*.

Los dialectos, formados desde hace tiempo, constituyen, como ha dicho un autor, «un vasto bordado en cañamazo, de mil matices insensiblemente graduados.» En el territorio francés, el habla de la Borgoña no se confunde ya con las de Normandía, de la Picardía ó del país valón. El dialecto de la Isla-de-Francia, colocado en el punto de unión de los principales grupos lingüísticos del Norte, comienza á surgir de esa triple fuente; las circunstancias históricas le asegurarán el predominio y con el rey de Francia marchará á la conquista del reino.

La región provenzal presenta, entre el Garona, los Pirineos y el Océano, un primer dialecto perfectamente distinto, el gascón, con sus caracteres cortados que se explican por la proximidad del español y sin duda también por los rasgos propios de la lengua ibérica de que se servían los antiguos aquitanos. En el extremo opuesto, el habla usada en el Ródano medio, en Saboya y en el Delfinado, forma asimismo un grupo especial que fácilmente puede reconocerse por esa mezcla de elementos del Norte y del Mediodía, de donde procede el nombre de franco-provenzal que le ha dado un sabio italiano. En el centro, los dialectos provenzales propiamente dichos, tales como el languedociano, el catalán y el auvernés, reconocerán muy pronto la superioridad del lemosín, destinado á ser, gracias á los trovadores, el lenguaje de la literatura galante y de la poesía cultivada.

Las diferencias entre los dialectos no corresponden en absoluto á las divisiones feudales: la naturaleza las ha creado por la acción continua de su fuerza obscura, sin que la política haya influido para nada en esa evolución lingüística. Los dialectos no siguen los límites de los grandes feudos más que en los casos en que éstos tienen sus fronteras perfectamente señaladas por corrientes de agua ó por montañas; pero como las circunscripciones feudales se amoldaron por lo general á la naturaleza del suelo, de aquí que el mapa lingüístico de Francia se parezca en muchos puntos al mapa político.

Los franceses del Norte y del Mediodía que no pueden ó no quieren emplear el idioma del clero, poseen desde aquel momento un medio de expresión literaria y empiezan á servirse de él. En el período que precedió á los grandes movimientos de la reforma eclesiástica, de las cruzadas y de la emancipación municipal, hizo sus primeros ensayos la literatura romana bajo el patronato de la religión y del clero. Como siempre, la poesía precede á la prosa, pero únicamente se utiliza para traducir los libros sagrados ó para celebrar las virtudes de los santos: antes de recrear edifica.

La única obra escrita en lengua de oil que nos queda de aquella época remota y que realmente pertenece á la literatura, es un poema de 625 versos, escrito en estrofas asonantadas, en el que se resucita la leyenda latina

de San Alejo: es la historia novelesca de un joven noble italiano que sacrifica á Dios el amor de su esposa, abandonada el mismo día de la boda, y que después de mil peripecias vuelve al hogar paterno sin darse á conocer, para vivir en él como el servidor más ínfimo y dar á los hombres una gran lección de humildad. A pesar de su fama, el poema de San Alejo, retocado bajo diversas formas en los siglos XII, XIII y XIV, ha llegado hasta nosotros sin nombre de autor. Se atribuye á un canónigo de Ruán, Tomás, nacido en Vernón, quien lo habría compuesto entre 1040 y 1050; pero esto no pasa de ser una hipótesis más ó menos aceptable. Su lenguaje, que no carece de color ni de relieve, es indudablemente más arcaico que el de la *Canción de Rolando*; el verso es el decasílabo, de que tanto abusará la epopeya; algunas escenas patéticas, tratadas con un vago sentimiento artístico, realzan este bosquejo primitivo, y sobre todo tiene el mérito de ser la primera composición literaria en idioma francés que poseemos.

Desde el siglo IX habíase establecido la costumbre de celebrar en cantilenas heroicas, de forma más ó menos popular, las hazañas, verdaderas ó falsas, de los predecesores de los Capetos (Clodoveo, Dagoberto y Carlomagno), el ímpetu guerrero de los grandes barones (Girart de Rosellón, Guillermo de Orange ó Raül de Cambrai) y las sangrientas batallas que se libraban entre las razas provinciales (franceses contra aquitanos, loreneses contra borgoñones) ó entre las religiones enemigas (cristianos y sarracenos). Estas canciones primitivas se han perdido, pero han sido el embrión de las epopeyas que en tan gran número brotarán á fines del siglo XI y singularmente durante el siglo XII.

La poesía lírica no consiste todavía más que en cantos con estribillo que sirven de acompañamiento á las danzas en las fiestas de la primavera; es una corriente amplia de inspiración popular que se restringirá más adelante para sacar de ella poemas de corte, los de los trovadores y trovadoras.

La fábula, cuyos personajes son los animales, aparece ya en narraciones muy sencillas, imitaciones del apólogo clásico, que posteriormente, cuando serán fecundadas por la imaginación de los ministriles, darán origen á las innumerables «ramas» del romance de Renart.

En el siglo XI se manifiesta también el drama litúrgico bajo la forma de preguntas y respuestas añadidas al texto de los oficios de Navidad y de Pascua, al principio en latín y luego en romance.

En el Mediodía, como en el Norte, la idea religiosa es la que inspira las primeras tentativas de la literatura en lengua vulgar; y sin embargo, el monumento literario más antiguo de la lengua de oc, el fragmento del poema sobre *Boecio*, que data de fines del siglo X, es de una inspiración filosófica casi profana. El clérigo desconocido que escribió aquellos 250 versos de diez sílabas no era ciertamente un ignorante; de una antigua biografía latina de Boecio toma los detalles que da acerca de la vida y del cautiverio de aquel á quien se ha llamado «el último romano;» pero también ha leído sus obras, puesto que imita el *De consolatione philosophiae* en largas tiradas de versos destinadas á demostrar la insignificancia de las cosas humanas. Este filósofo no es seguramente un artista, y en vano buscaríamos en aquel documento lingüístico un destello de poesía.